REDES Y POSVERDAD (publicado en libro colectivo: *En la era de la posverdad*, ed. Calambur, 2017)

Remedios Zafra

(...) distingue con todo cuidado entre los animales reales (que se agitan como locos o que acaban de romper el jarrón) y los que sólo tienen su sitio en lo imaginario¹. Foucault (citando a Borges)

Sentado en el asiento de atrás, un niño mueve los dedos pulgar e índice de su mano derecha sobre el cristal de la ventanilla del coche. Intenta ampliar la imagen de una vaca que pasta en el campo de afuera. Lo hace como si el cristal fuera su pantalla y la imagen real asible y manipulable, como si el mundo real estuviera allí representado y tocarlo le permitiera lograr un primer plano del animal. Desde que nuestro mundo viene cada vez más mediado por pantallas y los animales reales e imaginarios confluyen, allí donde un marco encuadra una escena móvil, late con fuerza la duda.

La mayoría de dispositivos conectados funcionan hoy como marcos cotidianos de fantasía, marcos normalizados que solapan el mundo digital y el mundo de las cosas y los cuerpos que se tocan, huelen y susurran más allá de los ojos y las yemas de los dedos. El "marco" casi siempre es visible pero tan habitual que tendemos a obviarlo, fundiendo lo presentado y lo representado, confundiendo dónde empieza lo simbólico y dónde lo imaginario, dónde termina o donde se funde con lo real.

La pantalla en red no es sólo uno de las más singulares artefactos de época, sino uno de los más fascinantes espacios de interacción de la verdad y la mentira, allí donde la veracidad de las cosas requiere un mayor esfuerzo de contextualización y creación simbólica colectiva, un pacto de confianza entre quienes se comunican para creer, o no, lo que están viendo.

Sin embargo, hay en todo esto algo que no es novedoso. Nunca lo que los humanos hemos creído ha tenido por qué coincidir con la verdad. No hay un vínculo necesario entre la verdad y lo que creemos. Conozco a personas que frente a una enfermedad prefieren rezar antes que escuchar una voz científica o médica cualificada. En el fondo ambos códigos (religioso y médico) les parecen confusos, pero dicen que al menos uno les reconforta. Y pienso en ello porque considero que en no pocas situaciones, cuando las alternativas que explican nuestro mundo nos resultan igualmente incomprensibles o difusas, muchas personas optan por lo emocional como un lenguaje más asequible y horizontal, tanto para quien evita el esfuerzo que supone la verdad, como para quien se siente frustrado, desencantado o se sabe falto de libertad.

Incluso conscientes de estas formas de autoengaño, "querer creer" suaviza o aleja la dificultad de una existencia verdaderamente asumida. Para la gente (especialmente cuando se sufre o cuando se ignora) la complejidad cargada de aristas genera más desasosiego que la mentira camuflada de cuento, de sentencia simplista pero reconfortante.

Sin embargo, esta aproximación que mira de cerca, casi escuchando el pálpito del otro, queriendo empatizar y entender como forma de entendernos a nosotros mismos, no puede obviar la pregunta política por lo que estas derivas hacia el autoengaño generan hoy en lo colectivo. Surge entonces una demanda que interpela: ¿por qué es importante

_

¹ Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas.* Buenos Aires: Siglo XXI, p. 1.

la verdad? "Verdad" es una de esas palabras que punzan, tanto por "confrontar sospechas" como por "generarlas" (evocando a la familia del dogma y el poder logocentrista tan presente como objeto de crítica deconstructiva y feminista en los últimos tiempos). La búsqueda de la verdad ha protagonizado las transformaciones más importantes de la historia occidental. A poco que la observemos, advertiremos que los mayores logros de igualdad y libertad de la humanidad se han conseguido en aquellos momentos de búsqueda de la verdad a través de la razón y el pensamiento. La ciencia, el conocimiento y especialmente la escuela han estado en ese lugar de búsqueda y curiosidad que nos ha permitido avanzar y saber sobre nosotros y sobre el mundo que habitamos, construirlo y mejorarlo de manera racional y colectiva, también cuestionando las parcialidades camufladas de verdad que tanta desigualdad han generado.

Cierto que hoy el contexto difiere. Y me parece que dos de las grandes diferencias que en relación a la verdad están transformado el mundo y, en distinto grado, contribuyendo a un escenario de crisis y cambio, están siendo: de un lado, Internet, y de otro, las políticas neoliberales transversalizadas en cada parcela humana (también en la educación y el conocimiento). De maneras distintas, con limitaciones y potencias respectivas, ambas han conformado un universo cargado de nuevas posibilidades y condicionantes, un mundo hipervisibilizado en las pantallas, mediado y entretenido en la imagen, falto de confianza en quienes detentan el poder y, en cierta manera, cansado de antemano como para hacer la revolución.

De las colisiones de estas potencias y limitaciones surgen palabras como fetiches, expuestas a la obsolescencia del flujo contemporáneo. Pero en su "hablar de" y "ser" época al mismo tiempo, antes de ser desechadas, creo que pueden ayudarnos a hacer pensativo el tiempo que habitamos, operar como punto de entrada. *Posverdad*, decimos. Así, lo que intentaré reflexionar aquí es lo que de "época" tienen las formas de vivir y transitar la verdad en un mundo globalizado y en red: ¿cómo la verdad se ve transformada por la cotidianidad de una vida permanentemente conectados?, ¿cómo operan la velocidad y el exceso en un contexto incapaz de digerir tanta información falta de contexto, tanto marco de fantasía camuflado de ventana a la realidad?, ¿cómo afecta a las formas de confianza y vínculo colectivo allí donde las comunidades online aparentan gran homogeneidad pero una cohesión liviana?...

Una primera impresión hablaría de cómo frente al esfuerzo (y el tiempo) que exige la conciencia, derivar hacia lo emocional va más con los tiempos rápidos y excedentarios, ávidos de respuestas siempre que lleguen ahora, ya. Lo dicho hoy apenas vivirá unos días antes de ser fagocitado por el sol de lo último. Y claro que resulta descriptivo que en un tiempo definido por la extrema disponibilidad de información y datos a través de las pantallas, la verdad se conforme como un terreno singularmente pantanoso. Curiosamente, en este tiempo cargado de pruebas, hechos e investigación, nuestra vida está más que nunca sometida a la apariencia y a la precariedad de lo desechable. Lo que nos llega casi siempre está enmarcado, expuesto a la duda y a la actualidad. Vivimos la verdad de otra manera: el marco de fantasía permanente, la velocidad y la abundancia de información, el espejismo de diversidad en redes donde todos se parecen, los nuevos vínculos colectivos... Les propongo transitar por ello.

1. Celeridad y exceso como señas de época

Pienso que cuando la vida vale más en presente continuo caduca demasiado rápido, dificulta el pensar, favorece pasar epidérmicamente por las cosas. Apenas ser

acariciadas por los ojos mientras la máquina hace el trabajo, sintetizando información, proponiendo categorías válidas, las más vistas, las vistas por los demás. Es la impresión y no ya la concentración la que sujeta la vida en la red. Conectados, pesa más la imagen y el vistazo frente a la lectura y la reflexión pausada. Dificilmente toleramos la profundidad del pozo para resistir como mucho el escarbar de un dedo en la tierra digital y cotidiana. Y este asunto me parece importante, entre otras cosas porque apunta a la ansiedad contemporánea como base de la posverdad como respuesta. Pero también porque me parece que los imaginarios conservadores se valen de la celeridad para asentar formas de poder.

La razón señalaría cómo en su ejercicio normalizado, la pareja celeridad y exceso contribuye a reforzar emociones e ideas preconcebidas, bajo la lógica de que no puede haber parada reflexiva sin tiempo para ello. Ante la velocidad, la inercia sólo tolera ideas que ya estaban en nosotros, o sensaciones y emociones que valgan en tanto no exijan mayor posicionamiento que "sentir", "gustar" o "disgustar".

Las ideas preconcebidas son como esas identidades heredadas que acogen y arropan sin conflicto, testadas por otros, envolviéndonos en lo que aprendimos hace tiempo (cuando el mundo también era otro). Aquí, exceso y celeridad ayudarían como impecables aliados del mantenimiento simbólico de modelos conservadores a ser y a consumir en la ansiosa cultura contemporánea.

Ambas generan espejismo de elección en la mera inmersión en la cantidad. Pero en las redes la cantidad de información y voces está filtrada por nuestro perfil y por la máquina, y el filtro dificulta (o incluso anula) el escrutinio. No es extraño entonces que la información se haga propaganda. No ya por no detenernos a contrastar datos, sino porque ante el exceso sólo vemos aquellos más accesibles, los generados por las voces con más influencia online, o por las redes que habitamos, casi siempre formadas por personas que piensan de manera muy parecida.

Cuando la verdad no se experimenta y la vida viene mediada por pantallas, se construye a base de confiar en un contexto, pero también de reiterar una historia (sea verdad o mentira) y habitarla, hacerla compartida, atravesar con ella el magma del marco de fantasía.

Claro que las opiniones que adquieren peso y visibilidad en la red hacen confluir un amplísimo abanico de posibilidades que congregan: lo morboso, lo burdo, lo bello, lo cómico, lo trágico... El valor cuantitativo puede esconder razones tan diversas como: el gusto masivo, la visibilidad pagada, el posicionamiento ya adquirido por determinada estructura del poder, el exabrupto espontáneo, la indignación social, el asesinato terrorista, la revolución de la plaza o el vídeo más visto de unos encantadores gatitos. Cada causa unida por el número más alto esconde razones tan heterogéneas que bien merecerían una parada, un detenerse a pensar, frente a la rapidez que suscitan.

En Internet, el logro cuantitativo no debiera exceder su significado más allá de la congregación numérica, pero en esta asignación empezamos a conformar nuevas estrategias de valor que se retroalimentan. Y lo hacen conformando el señuelo de un sistema construido en base a la velocidad y el exceso, que no precisan tanto confianza o garantías sino eficaz gestión algorítmica y estadística de grandes números que faciliten simplificar las cosas, mover el mundo, hacerlo operativo. Porque sólo cuantificando y objetivando se puede hacer rápida la respuesta, funcional el archivo, manejar el exceso, obviando lo particular que matiza o el tiempo que profundiza.

Puesto que el criterio de contraste e imparcialidad ya no es el que prima (denostados los medios y perdida la confianza en el sistema), las voces espontáneas que critican lo anterior se impregnan de un nuevo valor de "apariencia de verdad" que engarza mejor con las emociones y el desencanto. Tampoco ayudan las categorías que aquí

señalo, pues la celeridad y la abundancia funcionan como mecanismos de precariedad del sujeto en las redes.

En este contexto el exceso pide ayuda extra, aceptando una delegación del foco de atención en la selección que nos proporciona la máquina y las voces mejor posicionadas, una delegación que bajo la exigencia de los grandes números precisa apoyarse en la estadística más que en el criterio propio. No extraña que las nuevas herramientas de búsqueda se eleven hoy como un nuevo poder, ese dios (Google) que a todo responde y que crea valor y lugar en el mundo. Su interiorización funciona como parte de la normalización del escenario de nuestras vidas online, por un lado, visibilizando mundo, por otro, invisibilizando lente.

Teniendo en cuenta que la lógica que gestiona este exceso en tanto grandes, descomunales números no puede sino ser estadística, no extraña advertir esta rápida equivalencia que (en sintonía con el poder que en las últimas décadas ha enlazado medios y audiencias) equipara "lo más visto, compartido, enlazado o difundido" a "lo más valioso", como quien equipara la democracia de la ciudadanía a la *oclocracia* de la muchedumbre, bajo una revitalizada lógica del espectáculo.

Como contrapartida esta hipervisibilidad deducida del exceso puede provocar formas de "ceguera". Como esos bosques tan tupidos que no nos dejan ver un trozo de suelo o cielo para ubicarlos en contexto, tan llenos de imagen que precisan no de ojos, sino de otros sentidos y formas de orientarnos, emocionales, instintivas, frágiles sí, pero alternativas ante la confusión que viene de los ojos.

Mi impresión, sin embargo, es que otras formas de resistencia al exceso y a la opresión simbólica son posibles. Me refiero a la infiltración de casillas vacías, espacios en blanco, parpadeo, tiempos de pensamiento que nos permitirían un ejercicio de agencia en el mundo online. Una revolucionaria suerte de casillas en blanco, tiempos propios o espacios vacíos que nos permitan cambiar de unas ideas a otras, hacerlas pensativas, posicionarnos, ser palancas subversivas; una renuncia al grado máximo de velocidad de ahora a cambio de recuperar profundidad en las cosas y en sus repercusiones colectivas. Me refiero a un ejercicio de responsabilidad y conciencia.

El niño que mira la vaca introduce los dedos en la rendija abierta de la ventanilla.

2. Habitar la ficción, habitar en las pantallas

Habitar la red implica habitar un marco de fantasía. Lo que vemos nunca tiene plena garantía de responder a algo real o inventado. Sin embargo, desde su inicio las redes sociales han buscado contrarrestar las dudas sobre la veracidad del mundo representado, justamente enfatizando la visibilización y sobreexposición de las personas conectadas, a quienes se les reclama constantemente acreditar su "realidad" con más y más imágenes de sí mismas. Fotografías y vídeos como pruebas de realidad. No importa que esas imágenes sean recreadas o construidas para esa foto, invirtiendo la lógica de compartir lo vivido por "compartir lo que quiero que crean que he vivido". Lo importante es que sepan que existes, mantenerse vivo en la imagen como forma de existir en el mundo.

Llama la atención cómo el sobreesfuerzo de las redes se ha orientado más a construir apariencia de "verdad" desde el exceso de imagen, sobreinformación y estetización, pero no ha ido encaminado a favorecer lazos de confianza (apoyados en una conciencia o una ética), más allá de los livianos lazos afectivos, justamente los que mejor se inscriben en el entramado capitalista en que se insertan las redes.

Hasta hace poco la ficción ha sido un límite más definido. De manera que si frente a una pantalla veíamos una escena, por ejemplo de violencia, claramente contextualizada como película, nuestra tolerancia era mayor que si la escena era real y provenía de una grabación amateur. Desde que Internet diluye en una variedad de tonos intermedios lo ficticio y lo real, la cosa nunca está clara y los contextos suelen dar la clave de lo que terminamos creyendo.

No pocos proyectos de net.art en los años noventa, cuando los net.artistas sugerían puntos de tensión de una incipiente Internet, la identificaron como el paraíso de la "apropiación"; a ellos mismos (net.artistas) como los hijos ideales de Duchamp. Obras como *Documenta Done* en la que el artista Vuk Ćosić copió el website de la Documenta de Kassel evidenciaban la cotidianidad del nuevo marco de realidad solapado con el de fantasía. En aquella obra era tan solo la dirección web la pista mínima que nos permitía diferenciar copia de original (siendo exactamente iguales). Pero se apuntaba ya a las nuevas formas de mirar y sospechar de lo que vemos, allí donde "todo es facticio", digital, apropiable, mediado por una pantalla.

Así, herederos de otras formas de ver, cuando las imágenes no circulaban con la libertad y celeridad de ahora, pero normalizado el nuevo contexto de vida en las pantallas, los pactos de confianza están cambiando. Y pasa que cuando todo está bajo sospecha, es lo que aparenta un "mayor grado de realidad" lo que adquiere más valor. Fascina que lo parezca, en tanto tendemos a identificar realidad con verdad, porque en la pantalla no existe plena garantía, sólo apariencia.

De otro lado, lo virtual ya no está excluido ni es algo opuesto a lo real. Desdibujados los límites, lo que vemos puede ser real de distintas maneras. Y creo que una de las claves de la presentación y la representación en la red es justamente el proceso de disolución de estas clásicas líneas que han diferenciado lo real y lo virtual como algo dicotómico.

En Internet el marco de referencia puede no estar claro. No siempre podremos acreditar por conocimiento y prueba, sino por hábito y confianza en el contexto. Discernir lo auténtico no siempre es fácil, por lo que el impacto de la afectación tiende a transformarse. La duda o tiempo reflexivo que requiere entrar en ello es a menudo incómodo, especialmente para las lógicas que reclaman respuestas rápidas. Respuestas cada vez más apoyadas en aspectos emocionales e intuitivos.

La cuestión que aquí señalo incluye otro elemento añadido a la reflexión. Apoyarse sin reparos en la audiencia que proporciona la visibilización de lo que se presenta como "real" independientemente de su verdad, para acrecentar su rentabilización, conscientes del carácter desechable y precario de una vida online que actualiza constantemente el valor del ahora. Hablaríamos entonces de esa visibilidad vestida de viralidad y popularidad, de espectáculo que demanda actualidad; ejemplificando la imagen de la fama como uno de los más valiosos objetivos vitales; donde proliferan aquellos dispuestos a hacer y decir sin filtro ni miedo, conscientes de que en su huida hacia delante lo dicho hoy será eclipsado por lo dicho mañana. Buenos tiempos para fanfarrones y ególatras ávidos de "ojos" que sostengan la cadena de máximas audiencias. Aunque es más que probable que su propia lógica precaria termine sustituyéndoles o fagocitándoles por puro agotamiento.

El niño abre la puerta del coche y sale.

3. El vínculo ético y la homogeneidad en las redes

Quizá porque el capitalismo se construye sobre lazos que prescinden de vínculos morales entre las personas. Quizá porque entre exceso y velocidad, las ventanas se han abierto y "ver" hemos visto, tanto como para dejar de creer que el viejo

sistema nos piense para cuidarnos, para proteger una igualdad, un bienestar. Lo que observamos tiene que ver con el abuso de poder, con la riqueza y el dominio de unos pocos y la desigualdad ampliada y retransmitida 24 horas. Quizá, también, porque en estos tiempos la injusticia normalizada ha saturado las pantallas hasta menguar dolorosamente la esperanza en que algo podemos hacer, que algo tenemos que hacer. Quizá porque la justicia no siempre se deja ver, tiene menos audiencia, es más compleja y lenta. No se puede ser justo ignorando; conocer la verdad requiere tiempo. Quizá.

Ayuda que la comunicación política (profesionalizada) haya sido atravesada de estrategia publicitaria, volviendo más importante parecer que ser, hasta tal punto que, desvelado el gesto, los valores se escurren de las manos, la confianza mengua. Así, conocedores de (e hipervibilizada) la corrupción de quienes mandan, mantenedores de desigualdad y vestidos con máscaras, confuso el mundo y más desconfiados, lo emocional se hace fuerte. No ya sólo en la política, sino prácticamente todo aquello que representaba una forma de poder profesionalizado (económico, informativo...) es fuente de sospecha.

Como respuesta al desvelamiento de un sistema corrupto y en crisis, en muchas partes del mundo han germinado no pocos intentos de revolución ciudadana dispuesta a habitar las contradicciones y la complejidad de lo nuevo. Pero en tanto requieren y reivindican "diferencia y pensamiento", el sistema veloz y excedentario no lo pone fácil. Sí lo facilita, sin embargo, a otros movimientos que surgen al mismo tiempo (muy distintos, no cabe confundirlos, ni polarizarlos), **simplificadores de mundo pero potentes en su demagogia, favorecidos por la velocidad y la saturación. Movimientos en muchos casos de corte fascista.** Ya se sabe, se valen de la frustración y se apropian de la voz del pueblo, son racistas, machistas y homófobos, temen lo nuevo y alimentan y azuzan obsesivamente la idea de complot; cosifican a la ciudadanía en lugar de empoderarla para pensar el cambio... No, no cabe confundirlos.

En ambos casos, la forma se ha convertido en un elemento determinante para diferenciar al político o poderoso inscrito en el sistema de la impostura, del ser humano espontaneo e impulsivo, imperfecto pero humano, capaz de "hacer sentir" que dice la verdad. Y me parece que ese "hacer sentir la verdad" frente a un buscar la verdad es lo que aquí se posiciona y nos pone en riesgo, porque todo parecer es un cambio superficial, un mero quitarse (o ponerse otra) corbata.

En este contexto, la sobreexposición mediática vuelve hiperpresentes a las voces más altas o más estrafalarias, convirtiendo en lema aquella idea de que es bueno que hablen de uno aunque sea mal, más si cabe en un mundo donde la popularidad renta.

Aquí Internet está siendo crucial. Como alternativa a los medios hegemónicos, las redes hacen circular noticias, rumores, hechos y opiniones, invirtiendo la lógica de "unos pocos hablan a muchos que escuchan", hacia un "todos hablamos al mismo tiempo". La potencia es intensa pero la posibilidad de dialogar desde la pluralidad no garantiza su ejercicio.

La dialéctica argumentada, el acceso a opiniones distintas, al disentimiento, no son fáciles en el debate rápido y cotidiano online, donde la mayoría de participantes en una red son "afines" que retroalimentan una causa; donde bajo la apariencia de diversidad predomina "un único punto de vista" y a menudo falta imaginación y palabra menos vanidosa, más responsable. Ni la inercia de la máquina ni la del grupo ayudan a generar duda y a cuestionar, o a pedir tiempo para pensar mejor las cosas. Mejor no, mejor masa a conflicto.

Esa inercia de la máquina apunta además a un tipo de programación apoyada en el mercado, que bajo su lógica algorítmica contribuye a reforzar lo que ya hemos elegido

antes, lo que nos reconforta de cada red, ofreciéndonos y posicionando aquello que presupone nos va a gustar. Así, aunque cabría pensar que entre tantas voces habitamos redes caracterizadas por la diversidad, la configuración de la máquina tiende a fortalecer formas de pensar conservadoras. Y si hubiera lugar para la diferencia, cabe recordar que es fácilmente desactivada, de forma que aquello que duele o molesta puede ser rápidamente excluido a golpe de botón. Botones, como mágicos y con nombre, naturalizados como una respiración online, dicen: *bloquear, eliminar, apagar, cerrar, off.*

En una época que denuesta como inútiles el pensamiento lento (propio de la filosofía y el arte) es más fácil caer en la manipulación, en la deriva pendular de masas homogéneas movidas y congregadas allí donde las colectividades que conformamos en red piensan muy parecido, y si no, pueden apagar lo que les punza o inquieta desactivando algún botón, como hacen los niños con lo que no les gusta.

Con sus amenazas simbólicas pero también con sus potencias de conformar un mundo distinto, hoy frente a la sensación de permanencia que primaba en el pasado, en la red se posiciona lo descartable y difuso; frente a la clara y vieja localización de mundos ficticios dentro de un marco delimitado, en la pantalla confluyen lo real y lo imaginario. Pero también las relaciones entre las personas hablan en Internet de colectividades ligeras, definidas más por la comparecencia que por la pertenencia, por la competencia individualista antes que por el vínculo moral y colectivo.

Reforzar esta mirada crítica no obvia las fascinantes posibilidades y derivas de la red para un mundo mejorado. Justamente es la motivación de sabernos agentes activos en dicho mundo, lo que me lleva a identificar formas de opresión simbólica que nos permitan enfrentar reflexivamente estos tiempos en los que hablamos de posverdad. Tiempos que parecieran situar un momento de shock ante el monstruo neoliberal, como si hubiera comenzado a comerse a sí mismo o a mutar, no está claro. Sí lo está que el mundo precisa con urgencia resituar o imaginar otros vínculos de confianza, un "me importas", "te importo", un "nos" (importamos) apoyado en la igualdad y el conocimiento (esa esencial forma de verdad).

En la red la tranquilidad de lo que ya viene interpretado (como pensamiento delegado en la estadística) atrae por la disponibilidad inmediata, pero sin atender a si leímos lo que recolectamos o las palabras se quedaron en la imagen del "vistazo", si somos conscientes, si tenemos miedo, si hemos podido elegir, si resistimos o no el bombardeo digital que nos demanda pronunciarnos sobre todo, siempre conectados.

No deja de ser una lógica excedentaria y exponencial la que sostiene esta práctica donde el valor depende de la dinamicidad de lo acumulado. Así, lo que busca valor se posiciona para ser visto y para "crecer", pero también lo busca como forma para seguir existiendo. Poética y duramente, la lógica exponencial de los datos, como la posverdad, coinciden en su firme huida hacia delante...

Entretanto, el niño camina y mira fijamente a la vaca, y entorna los ojos para de nuevo mirarla. Y observa el cielo sin saber que hace un guiño de párpados a algún satélite, a la foto que le hace su padre enviándola a sus redes acompañada de una breve historia idealizada. Y el niño duda de si aquello forma parte de un videojuego o es "otra cosa", y se asombra de su envergadura. Y huele a la vaca y está a punto de tocarla.